

El componente climático de los actuales desplazamientos humanos

MIGUEL PAJARES

Escritor y antropólogo social

RESUMEN: Está sobradamente explicado por la teoría de las migraciones el carácter multicausal de las mismas. Los motivos que la gente tiene para emigrar, sea dentro de su país o cruzando fronteras, son muy variados. Entre ellos están el anhelo de mejorar la situación económica, la intención de reunirse con los familiares, la aspiración de ejercer una profesión para la que se ha estudiado, el deseo de eludir una situación política opresiva en el propio país, la necesidad de escapar de una persecución religiosa —o étnica, o política...—, la urgencia de huir de una guerra... Y entre este conjunto de motivos se encuentran también los medioambientales, en los que aquí vamos a centrarnos.

Al analizar las causas medioambientales que actualmente favorecen la movilidad, lo primero que debemos constatar es que estas no son solo las climáticas. Antes de que comenzaran a manifestarse los impactos de la crisis climática, ya se producían otros impactos medioambientales graves en los países del Sur global, tales como los causados por las grandes corporaciones extractivas —entre las que destaca la minería, que ocupa vastas extensiones de tierra y contamina las aguas dejando inhabitables otras extensiones aún mayores, así como la extracción de petróleo y otros combustibles fósiles—; o la construcción de grandes infraestructuras, como las presas hidroeléctricas, que se alzan destruyendo amplias zonas de cultivo y dejando inhabitables pueblos enteros; o la deforestación y la expansión de la agricultura industrial y la ganadería industrial, que se hacen igualmente a costa de las poblaciones que vivían de los bosques o la agricultura local; o la pesca industrial, que esquilma



los caladeros arruinando a los pescadores locales. Todo ello está produciendo desplazamientos humanos forzados: poblaciones que se ven expulsadas de sus tierras por el avance de la industria extractiva, la agroindustria, la ganadería industrial, la pesca industrial y los megaproyectos, o por la contaminación que provocan esas y otras industrias multinacionales.

No podemos hacer aquí una amplia relación de los daños causados en el Sur global por las grandes corporaciones, pero sí señalaremos algunos ejemplos. África ha sufrido, como ningún otro continente, el acaparamiento de tierras por parte de las grandes corporaciones multinacionales, algo agravado en las últimas décadas por los 70 millones de hectáreas dedicados a cultivos para agrocarburos (UNCCD, 2017: 83). Hay países en los que se pasa mucha hambre y ello está muy relacionado con una producción agrícola y ganadera que está en manos de grandes empresas y se destina a la exportación.

El Gobierno de Mali, por ejemplo, adjudicó grandes extensiones para monocultivos —algodón, azúcar, masa para agrocombustibles...—, lo que hizo de este país uno de los mayores exportadores de África de algodón, y después un gran exportador de masa para agrocombustibles (GHE, 2009: 72; Custers, 2017: 73, 85). Níger es otro gran exportador de masa para agrocombustibles (Giribets, 2011: 12). En Sudán, el Gobierno ha entregado grandes extensiones de tierras y fuentes de agua para regadío a multinacionales del agronegocio (Meser, 2010: 70; Vidal, 2012; GRAIN, 2012: 6), y lo mismo ha sucedido en Etiopía (Schiffman, 2013). En Somalia, las corporaciones multinacionales de la ganadería industrial han convertido al país en un gran exportador de cabezas de ganado (World Bank, 2018: 28). El acaparamiento de tierras ha sido muy grande también en Kenia, Uganda, Tanzania, Madagascar, Mozambique... Todo ese proceso de acaparamiento de tierras ha generado gran número de desplazados que se han visto obligados a abandonar sus lugares de origen.

Si nos vamos al otro lado del Atlántico, también encontramos los mismos desplazamientos provocados por las corporaciones del agronegocio. Podemos citar el ejemplo de otro de los países más empobrecidos del mundo, Guatemala, donde «el conjunto de los productos de la agroindustria destinados a la exportación —caña de azúcar, aceite de palma y banana— suponen el 71% de la superficie total regada y el 69% de la cantidad total de agua utilizada para riego» (Amara, 2019), una expansión agroindustrial que ha generado desplazamientos de población.

Aparte del agronegocio, las otras actividades industriales señaladas más atrás también desplazan poblaciones. Pero si hay una que puede competir con el agronegocio en la destrucción del medio natural y en desplazamientos de población, esa es la minería, que se ha expandido cada vez más por todo el Sur global, y ahora con mayor ímpetu, dada la necesidad de metales para la transición energética que está impulsando el Norte global. La extracción de cobre, imprescindible en esa transición, provoca contaminación del agua



por metales pesados, lo que está generando graves daños medioambientales en la República Democrática del Congo, así como en Chile, China, India, Zambia, Brasil y Perú. La minería del níquel, también imprescindible para las energías renovables, está causando daños a los ecosistemas marinos y de agua dulce en Filipinas, Indonesia y otros países (Pajares, 2024: 190). La minería de las tierras raras, necesarias para los aerogeneradores y motores eléctricos, requiere grandes cantidades de productos químicos nocivos y produce ingentes volúmenes de desechos sólidos, gases y aguas residuales, lo que está causando graves impactos medioambientales en China, Malasia y otros países (Dominish *et al.*, 2019). En todos esos sitios la minería está provocando desplazamientos de población.

A esos impactos medioambientales ahora se suman los del cambio climático. Cuando hablamos de impactos o desastres climáticos nos referimos a las lluvias torrenciales, que provocan grandes inundaciones y causan enormes destrozos en las zonas agrícolas o de pasto; los grandes ciclones, que destruyen las zonas costeras; las sequías severas y prolongadas, que acaban arruinando la agricultura y matando al ganado; las olas de calor que también matan, tanto a personas como al ganado de las comunidades; los incendios forestales, cada vez más duraderos y destructivos; la subida del nivel del mar, que está introduciendo el agua salada en los acuíferos de agua dulce de los que se valen las zonas agrícolas de los deltas y otras áreas costeras. Salvo la subida del nivel del mar, los demás desastres medioambientales mencionados ya existían antes de que comenzara a producirse el cambio climático que estamos viviendo, pero no se daban con la frecuencia y la intensidad con la que ahora se dan. El cambio climático ha exacerbado ese tipo de desastres, los ha hecho más destructivos y está logrando que muchas comunidades acaben perdiendo sus hábitats y tengan que mudarse.

Entre los desastres climáticos mencionados, hay unos que son repentinos y otros que son de generación lenta. Los repentinos son principalmente los hidrometeorológicos, ciclones, lluvias torrenciales e inundaciones, y los desplazados internos que producen son bien conocidos gracias a la labor del Observatorio de los Desplazamientos Internos —IDMC, por sus siglas en inglés—. En el 2023, los desplazados por desastres hidrometeorológicos fueron 20,3 millones, de los que 9,8 millones lo fueron por lluvias torrenciales, 9,5 millones por ciclones, y el otro millón se repartió más o menos a partes iguales entre las sequías y los incendios. Los países con mayor número de desplazados fueron los del Sudeste Asiático, Asia Oriental y Pacífico, y los del África subsahariana, aunque también fueron importantes en América y otros lugares (IDMC, 2024a).

Estos desplazamientos, tanto los producidos por la acción industrial como por los impactos climáticos, son principalmente internos, es decir, se dan dentro de las fronteras del propio país. Son movimientos de población que, en la



mayor parte de los casos, abandonan las zonas rurales para trasladarse a las ciudades. En el caso de los desplazamientos por fenómenos repentinos, como las inundaciones o los ciclones, son, además, de carácter temporal en su mayoría. Sin embargo, cuando lo que ocurre es que los hábitats van desapareciendo, sea por la acción del extractivismo, o por impactos climáticos como las sequías, la desertización o la subida del nivel del mar, los desplazamientos se tornan permanentes: las personas que han huido de esos hábitats no tienen donde volver. Naciones Unidas dijo en el 2018 que en el mundo había 1000 millones de migrantes internos, cuatro veces más que los migrantes internacionales que había en ese momento, y que el 80% de esa migración interna se producía por abandono de las zonas rurales para dirigirse a las ciudades (ONU, 2018).

En definitiva, los desastres medioambientales están provocando muchos más desplazamientos internos que migraciones transfronterizas, pero sabemos que las migraciones internacionales siguen creciendo, aunque sea de forma moderada, y debemos indagar sobre la importancia que tienen los impactos climáticos en las migraciones actuales.

En el libro *Refugiados climáticos* (Pajares, 2021) se analizan las migraciones que emiten los países del Sur global más afectados por los impactos climáticos. En África Occidental, el país que más emigración ha emitido es Nigeria —1,67 millones de personas—,¹ pero solo es el 0,8% de su población, por lo que podemos decir que Nigeria es un país de poca emigración. De los demás países, los que destacan por tener un mayor número de emigrantes son Burkina Faso y Mali —1,6 millones y 1,3 millones respectivamente—, ambos son países del Sahel que están muy castigados por la crisis climática. El destino de los emigrantes de estos países son otros países africanos —el 94,5%— y muy particularmente los países costeros de África Occidental. A Europa solo ha venido el 2% de los emigrantes de Burkina Faso y el 10% de los de Mali (United Nations Population Division, 2020).

En África Oriental, especialmente en el Cuerno de África, también observamos que los países más poblados, Etiopía, Kenia y Uganda, tienen muy poca emigración, ya que de ellos solo ha emigrado el 1,0% de su población —con los datos del 2020—. En cambio, de los dos países que sufren mayores impactos climáticos, Sudán y Somalia, ha emigrado el 7% de la población. Una parte de los emigrantes salidos de estos países son refugiados que han huido de los conflictos bélicos, y no es fácil discernir el peso que en esas migraciones tienen los conflictos y la crisis climática. Pero un estudio del ACNUR hecho en el 2012, mostró que muchos de los refugiados somalíes y sudaneses que había en los campamentos de Uganda y Kenia relacionaban su decisión de huir con el progresivo deterioro de la agricultura y la ganadería a consecuencia de

¹ Este dato, como los que seguiré aportando, es del año 2020, último año en el que la División de Población de Naciones Unidas ha dado datos de migraciones.

los impactos del clima de los quince años anteriores (Afifi *et al.*, 2012: 12, 48). Otra investigación del ACNUR hecha unos años después volvió a señalar que el flujo continuo de somalíes hacia Etiopía y Kenia estaba relacionado con la continua desaparición de las tierras de cultivo y pasto que van desertificándose (UNHCR, 2019). En el Cuerno de África volvemos a ver la misma pauta que en África Occidental, que la emigración que sale de esos países más castigados por el cambio climático se dirige principalmente a otros países de la zona: solo ha salido del continente el 24,2% de los emigrantes somalíes y el 5,9% de los emigrantes sudaneses, el resto ha ido a otros países africanos, la mayoría a los países vecinos (United Nations Population Division, 2020).

En Asia del Sur podemos fijarnos en un país que ya aparece en todos los análisis sobre migraciones climáticas: Bangladés. Ahora sufre intensos desplazamientos internos hacia la costa, debido a la pérdida de los terrenos agrícolas en el interior por la desertificación y la erosión causada por el desbordamiento excesivo de los ríos, desplazamientos que se dan sobre todo hacia la capital, Daca. Pero también hay emigración hacia el exterior debido a los impactos que sufren las zonas costeras, en las que viven unos 50 millones de personas en zonas de baja elevación respecto al nivel del mar (HBS, 2014: 14; Neumann *et al.*, 2015: 15). Un estudio de campo hecho por la Organización Internacional de las Migraciones a base de entrevistas en hogares con emigrantes, atribuyó las decisiones de emigrar a los ciclones (el 47% de las respuestas), a la intrusión salina en el agua potable (el 43%), a la salinidad en los suelos de cultivo (el 44%) y a la erosión de las riberas (el 10%) (IOM, 2016: 20, 42-47). Otro estudio dice que en Bangladés están aumentando las probabilidades de migrar internacionalmente a medida que las ciudades se vuelven destinos menos deseables para los desplazados (Hasan, 2021). La India es el destino más importante de estas migraciones más recientes.

En el Sudeste Asiático, dos países, Vietnam y Filipinas, destacan por estar entre los más castigados por los impactos climáticos y los que mayor número de desplazados internos tienen. Son el cuarto y el quinto país por número de desplazados por impactos hidrometeorológicos. Pero también son países de emigración, sobre todo el segundo. Filipinas dobló su número de emigrantes entre el 2000 y el 2020, superando los 6 millones y puede que sea el país de la región en el que los impactos climáticos tengan mayor peso en su emigración internacional.

En Latinoamérica y el Caribe también destacan los desplazados internos que impulsa la crisis climática, aunque en algunos países, como México, Colombia y los centroamericanos, la violencia aparece como principal motivo de los desplazamientos. Un estudio del Programa Mundial de Alimentos de Naciones Unidas, dice que la población que huye en Guatemala, El Salvador y Honduras no lo hace solo de la violencia, sino también de las sequías (PMA, 2017: 10, 13). Otro de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe



de Naciones Unidas explica cómo se producen los movimientos humanos en esos países: en primer lugar, se da un desplazamiento desde el campo a las ciudades impulsado en los últimos años por las sequías, y en segundo lugar se produce la huida de la ciudad a causa, principalmente, de la violencia. En esta huida de las ciudades, la única meta que se vislumbra en el horizonte es emigrar, porque al campo no se puede volver (CEPAL, 2018). También la OIM (2024) dijo que la migración internacional de Guatemala, Honduras y El Salvador hacia América del Norte tiene en parte su origen en las sequías prolongadas. El grueso de la emigración centroamericana se va a Estados Unidos, lo que hace que esta región sea una excepción en la pauta que hasta ahora habíamos visto: que las migraciones impulsadas por la crisis climática se quedan principalmente en los países vecinos.

Salvando las excepciones que se dan, puede decirse que la movilidad humana que está provocando el cambio climático sigue dos patrones bien definidos, el primero es que se dan más desplazamientos internos que migraciones, y el segundo es que las migraciones se quedan principalmente en los países vecinos (Pajares, 2022). Esta constatación resulta muy importante en un momento en el que se está debatiendo todo lo relacionado con las pérdidas y daños que el cambio climático provoca en el Sur global y la financiación que deberían estar aportando los países ricos del Norte global.

La COP29 celebrada a finales del 2024 pretendía ser «la COP de la financiación», y tenía que replantearse lo establecido desde el Acuerdo de París del 2015 —100 000 millones de dólares anuales a partir del 2020, una cantidad que ya se consideraba ridícula a la vista de las necesidades de los países del Sur global—. El objetivo era establecer lo que se llamó «Nuevo Objetivo Colectivo Cuantificado» sobre financiación climática (NCQG, por sus siglas en inglés), y se habló de 1,3 billones de dólares anuales, pero lo acordado fueron 300 000 a partir del 2035, y ello dependerá completamente de las aportaciones que voluntariamente quieran hacer los gobiernos y de otras entidades. El Fondo para las Pérdidas y Daños quedó fuera de ese acuerdo, lo que debilitó la posibilidad de que la financiación climática llegue a las poblaciones desplazadas por el clima; si bien, el texto final de la COP29 «insta a las Partes a promover la inclusión de los grupos vulnerables, incluidos los migrantes y refugiados» (IDMC, 2024b).

El ACNUR señaló que la financiación no está teniendo en cuenta a los refugiados ni a las comunidades de acogida en países frágiles o devastados por la guerra, por lo que la capacidad de estos países para adaptarse a los efectos del cambio climático se está deteriorando rápidamente (UNHCR, 2024). Esto debería ser un aspecto central del Fondo de Pérdidas y Daños, pero por ahora no lo es, y, además, este fondo adolece de una grave escasez de aportaciones. En el COP28 los países ricos anunciaron aportaciones por valor de 700 millones de dólares para el fondo. En la COP29 apenas hubo anuncios de nuevas



aportaciones. Un estudio estimó que entre el 2000 y el 2019 las pérdidas y daños por los impactos climáticos a nivel mundial ascendieron a 2,8 billones de dólares (Newman y Nou, 2023), o sea, 140 000 millones por año. La comparación entre eso y los 700 millones recaudados deja clara la distancia.

Teniendo en cuenta que los desplazamientos internos de población que provoca la crisis climática son sufridos sobre todo por países del Sur global, y que, como hemos visto, también las migraciones transfronterizas climáticas llegan principalmente a países y regiones del Sur global, esto debería ser un tema importante para las próximas cumbres del clima y para todos los debates que se hacen sobre los fondos climáticos. Los desplazamientos humanos inducidos por el clima han de incluirse en el cálculo de los fondos que deben recibir los países que más sufren la crisis climática.

Una última cuestión para concluir este artículo. Pese a que las migraciones con mayor componente climático son principalmente hacia los países vecinos, hemos de suponer que también las actuales migraciones de larga distancia tienen cierto componente climático. ¿En qué medida la crisis climática está contribuyendo a impulsar las migraciones que, por ejemplo, se reciben en España procedentes de Centroamérica, o de África Occidental, o de Asia del Sur? Hemos de reconocer que no tenemos una respuesta clara a esta pregunta; no se han hecho los estudios que permitirían calibrar el componente climático que tienen las migraciones que llegan a Europa. Esta es una tarea pendiente en el estudio de las migraciones contemporáneas. ★



Bibliografía

- AFIFI, Tamer et al. (2012), *Climate change, Vulnerability and Human Mobility: Perspectives of Refugees from the East and Horn of Africa, Report No. 1*. UNU-EHS y UNHCR.
- AMARA, Rachid et al. (2019), «Chapter 37 - The Senegalese Coastal and Marine Environment». *World Seas: An Environmental Evaluation Volume I: Europe, the Americas and West Africa*, 2.ª ed., (pp. 855-873).
- CEPAL (2018), *Atlas de la migración en los países del norte de Centroamérica*, (LC/PUB.2018/23), Santiago.
- CUSTERS, Raf (2017), *Cazadores de materias primas*, Barcelona, El Viejo Topo.
- DOMINISH, Elsa et al. (2019), *Responsible Minerals Sourcing for Renewable Energy. Report prepared for Earthworks by the Institute for Sustainable Futures*, University of Technology Sydney.
- GHF (Global Humanitarian Forum) (2009), *The Anatomy of a Silent Crisis. Human Impact Report Climate Change*.
- GIRIBETS, Miguel (2011), *El saqueo de África. Algunas claves para entender lo que pasa*.
- GRAIN (2012), *Exprimir África hasta la última gota: detrás de cada acaparamiento de tierra, hay un acaparamiento de agua*.
- HASAN, Hasibul (2021), «Manifestations of Climate-Induced Migration. Is South Asia ready to tackle this crisis?», *Academia Letters*.
- HBS (Heinrich-Böll-Stiftung) (2014), *Time to act. How the EU can lead on climate change and migration*.



- IDMC (2024a), *2024 Global Report on Internal Displacement*.
- (2024b), *COP29: Key outcomes on displacement and implications for climate policy*.
- IOM (2016), *Assessing the Climate Change, Environmental Degradation and Migration Nexus in South Asia*.
- (2024), *World Migration Report 2024*.
- MESSER, Ellen (2010), *Climate Change and Violent Conflict: A critical literature review*, Oxfam.
- NEUMANN, Barbara et al. (2015), *Future Coastal Population Growth and Exposure to Sea-Level Rise and Coastal Flooding. A Global Assessment*, PLoS ONE 10(3).
- NEWMAN, Rebecca y NOU, Ilan (2023), «The global costs of extreme weather that are attributable to climate change», *Nature Communications*, volume 14, Article number: 6103 (2023).
- ONU (2018), *Más de mil millones de personas han migrado dentro de sus países*.
- PAJARES, Miguel (2021), *Refugiados climáticos, un gran reto del siglo XXI*, Rayo Verde, Barcelona.
- (2022), «Desplazamientos medioambientales», *Revista Diecisiete*.
- (2024), *Bla-bla-bla, El mito del capitalismo ecológico*, Rayo Verde, Barcelona.
- PMA (Programa Mundial de Alimentos de las Naciones Unidas) (2017), *Seguridad alimentaria y emigración (Por qué la gente huye y el impacto que esto tiene en las familias que permanecen en El Salvador, Guatemala y Honduras)*.
- SCHIFFMAN, Richard (2013), *La fiebre verde: Cómo la agricultura extensiva está parcelando África para explotar industrialmente terrenos agrícolas*, Farmlandgrab.org.
- UNITED NATIONS POPULATION DIVISION (2020), *International Migrant Stock*.
- UNCCD (2017), *Perspectiva global de la Tierra*.
- UNHCR (2019), *As drought compounds security woes, Somalis flee to Ethiopia*.
- (2024), *UNHCR report reveals climate change is a growing threat to people already fleeing war*.
- VIDAL, John (2012), *La colonización del siglo XXI en África: el acaparamiento de tierras*, CEPRIID.
- WORLD BANK (2018c), *Federal Republic of Somalia. Systematic country diagnostic*.